

Lo más importante es perder el tiempo

EL MUNDO, 31-12-2004

Lo más importante es perder el tiempo. Y hacerlo con ahínco, como cuando íbamos a la escuela. ¿Te acuerdas de todas esas horas sentado en un pupitre escuchando a alguien hablar y hablar y hablar? Al final, le acabé tomando cariño a las cosas inútiles y no entendía por qué pretendían hacerlas pasar por necesarias. Hubiera preferido que fuéramos todos más sinceros, como en las escuelas de curas en las que nadie intenta disimular nada: los profesores son los pastores y los alumnos el rebaño. En la escuela me gustaba sentirme parte de un rebaño.

A los 13 o 14 años decidieron que teníamos que hacer un examen extraordinario. Todo el mundo andaba un poco excitado con esa idea. Iban a juzgarnos como hombres. Como todos éramos medio imbéciles nos hacía mucha ilusión demostrar nuestras habilidades. Me parece que lo llamaron “examen psico-técnico”, aunque es probable que me equivoque. Dos o tres días respondiendo a preguntas idiotas, marcando crucecitas en formularios inacabables, dándole vueltas a figuritas geométricas... Esos tests -ahora recuerdo que los llamaban así para que nadie los confundiera con exámenes- esos tests, digo, tenían que parecer inofensivos: no iban a suspender a nadie sino que simplemente iban a dar una puntuación. Los examinadores no eran los profesores sino psicólogos que trabajaban en la dirección de la escuela y, puesto que eran psicólogos, el resultado iba a ser la Científica Verdad.

Estuvimos dos o tres días en ello. A nadie se le ocurrió negarse a hacer esos tests. Era una posibilidad que no se contemplaba. Los más inteligentes aprovecharon el paréntesis académico para ir a fumar porros en la boca del metro y los más idiotas lo tomamos con entusiasmo, como un juego. Los padres estaban orgullosos de tener a sus hijos en una escuela avanzada. No había que perder la ocasión de hacer pasar al rebaño por un test que discriminara lo bueno de lo malo. Los padres estaban casi más nerviosos que los niños.

Tardaron una semana en dar los resultados. Cada uno recibía su pliego de hojas con unas gráficas y unos tantos por ciento. Y allí empezó la jauría. Niños comparándose entre sí como artistas porno calibrando el tamaño de sus pollas. Había quien tenía un 92% de inteligencia, otros no llegaban al 70%. Corría el rumor de que un chico mayor había obtenido un porcentaje que sobrepasaba la barrera del 100. Alguien dijo que eso no era bueno, que algunos subnormales también la rebasaban. Así que la mayoría nos quedamos bastante satisfechos de nuestras pollas y era bonito ver como incluso las niñas se sentían orgullosas sopesando sus resultados.

Al cabo de unos días cada uno de nosotros iba a ir a una entrevista con el psicólogo jefe para que nos hiciera una valoración. Era un hombre que respondía a un patrón bastante corriente: esa mezcla entre seminarista y hombre de ciencia que tanto abunda en nuestro país. Hablaba pausadamente,

era comprensivo y sentenciaba con la seguridad de quien ha sido investido por Dios y por la Universidad.

También recuerdo a una niña a la que convocaron para decirle que los resultados eran insuficientes y que no podría hacer Estudios Superiores, que era mejor que no lo intentara. Le decían, con la pulcritud que caracteriza al lenguaje científico, que era tonta. Evidentemente, la vida iba a proporcionarle muchas otras posibilidades, pero la universidad, aquello a lo que estaban llamados los inteligentes, no era para ella. Vino a contarnoslo encogida de hombros y la compadecemos porque éramos niños bien educados.

No hace mucho vi a esa niña. Había ido a la Universidad de Barcelona y luego a una universidad cerca de Londres. Lo había dejado en las dos ocasiones. Esos tests no se equivocan nunca. Julia era como cuando éramos niños: un poco triste, feúcha, entusiasta y tonta. Lo siento, esta historia no lleva moraleja y ni siquiera acaba bien. Pero a mí me hizo pensar en el cole.

Imaginé un mundo de adultos que lleva a sus hijos en coches blindados a las mejores escuelas. Imaginé escuelas que funcionan como laboratorios en las que los profesores llevan batas blancas y guantes de goma. E imaginé a niños y niñas preocupados por las desgracias del mundo y labrándose todo un futuro: vaya, todo perfecto.

Luego pensé que lo único que me había enseñado la escuela era a perder el tiempo. Y también me gustó esa idea, ir a la escuela a perder el tiempo: en las aulas, en el patio y en las clases de judo. Fue entonces cuando entendí de qué sirve la cultura. Y me gustó.